
Naturaleza quieta

Alberto Blanco

a Georges Braque

Transforma en luz la tierra sus metales
como si no hubieran sido algo sólido y real:
maderas pulidas de cedro, de caoba y pino...
¡una mesa dispuesta para la mirada!

En el minucioso pergamino del mantel
los ojos están fijos para que la fruta
que adopta posturas eternas y modela
desnuda pueda llegar hasta el amanecer.

Junto a los higos de pétalos abiertos
la seda de un cuchillo extiende su playa
largamente acariciada, como un deseo...
como una lenta gota de ámbar o de miel.

En cada rincón la tierra se impregna
con el brillo en las mejillas de una jarra
y los labios se apuran tal vez demasiado
sobre los duraznos con piel de mujer.

Un vaso terráqueo de formas perfectas
renueva su mármol de carne sosegada
mientras yo me pierdo en esta materia
libre ya de la quietud y la inquietud.

Y mis pensamientos a veces parecen vagos
o quizá más viejos que nueces arrugadas,
pero también en ocasiones son sencillos
como un par de manzanas en la mesa.

Con razón resulta que no hay naturaleza
ni bodegón ni cuadro ni obra plástica:
todo ha sido transfigurado al fin y al cabo
por la luz que reposa en la ventana...

50

Alberto Blanco. Ciudad de México, 18 de febrero de 1951. Estudió química y filosofía, así como chino y otras lenguas orientales; fue becario del Centro Mexicano de Escritores (1977) y del Departamento de Literatura del Instituto Nacional de Bellas Artes. Sus poemas han aparecido en decenas de revistas y periódicos literarios.

Y la mirada que allí se detuviera un poco
germina entre las frutas de la estación:
las peras pecosas en su ecuador dorado
y un fresco racimo de uvas en la sombra.

Detrás de los cristales que el agua raya
con limpias diagonales y puntos suspensivos...
una textura al sesgo, un mundo en equilibrio
con instinto certero: ¡Ah, todo el verano! ●

